El maestre de Santiago

Por TELESFORO DE TRUEBA

Lamentábase la reina doña Blanca de Borbón, deplorando amargamente sus cuitas y quebrantos. Abandonada de su esposo, el rey don Pedro, víctima de la ambición de una detestada rival, eclipsábase su belleza en el llanto y la soledad, y todo suspirando al recordar otros tiempos más felices, pasaba los días presa de la mayor aflicción y duelo.

Abrióse en esto la puerta del aposento de la princesa, y con grave sorpresa suya reconoció al maestre de Santiago, don Fadrique, hermano natural del rey don Pedro.

—¡Imprudente!—dijo la reina viéndole entrar—. ¿Qué fatalidad os trae de nuevo a este sitio? ¿Habéis olvidado mis omonestaciones? ¿Ignoráis hasta dónde puede llevarse un esposo que me aborrece y que desea sólo un motivo para descargar en mí su saña?

—Tranquilizaos, señora — respondió don Fadrique con respetuosa ternura—; no es tan grande el peligro que nos cerca, y Dios mediante, cuento que en breve será enteramente nulo.

—¡Ah!—exclamó doña Blanca—. Pasó ya la hora en que me halagaban esas vanas esperanzas, pues conozco ya por mi desgracia que las tentativas que se hagan para lograr mi libertad sólo servirán para agravar mi triste situación.

—No deis cabida a pensamientos tan sombríos—dijo don Fadrique—. Sabed que nuestra causa no está tan desesperada... Don Enrique, mi hermano, ha recibido auxilios del rey de Aragón, y dentro de muy poco tiempo habrá caído el aborrecido tirano.

—¡Qué decís, don Fadrique!—exclamó doña Blanca con nobleza—. ¿Os olvidáis de quién soy yo?... ¿Es posible que habléis de esa manera del rey de Castilla, no menos que a la misma reina, su esposa?

—No es rey ya quien falta con tanta vileza a todos los empeños más sagrados. ¿Pues qué, puede existir un hombre de honor que consienta ver cual vive públicamente amancebado, en tanto su legítima esposa gime y llora en un destierro? ¿La sangre inocente que tan impiamente derrama, no clama acaso la más insigne venganza?... Consolaos, princesa, y no os dejéis llevar de un falaz engaño... Mi hermano, el de Trastamara, se halla en relaciones con el famoso Beltrán Duqueclin, y todo nos pre-

sagia el más próspero resultado. Lejos de entregaros al abatimiento, cobrad esperanzas y alentad con ellas a la multitud de caballeros que están prontos a derramar su sangre en defensa vuestra, y por cierto que de todos estos siempre será el más decidido y constante el maestre de Santiago.

El ardor y vehemencia con que se expresaba don Fadrique demostraban tal vez más de lo que él quisiera la tierna, aunque pura pasión, que abrigaba en su pecho. Este claro convencimiento aumentaba los quebrantos de la desdichada reina, quien temía a cada paso que las imprudencias y manifiesto entusiasmo de su celoso defensor llegasen a excitar el carácter suspicaz y vengativo de don Pedro, de cuyo duro corazón no podía esperarse la menor gracia.

—¡Ah!, don Fadrique—dijo la triste cautiva llena de amargura—. ¿Cómo os cegáis de tal modo que se os oculte el horrendo abismo hacia el cual vuestra loca temeridad puede arrastrarnos a entrambos? Ignoro de qué manera lográis penetrar en este recinto, pero no dudéis que si el rey llegase a traslucir vuestras visitas os tocaría la suerte más cruda y funesta.

—No temáis, señora; ningún peligro corre mi vida; pero si tanto es el disgusto que os causa mi presencia os obedeceré por fin, suspenderé mis visitas hasta el instante feliz en que pueda presentarme a vuestros ojos con el envidiable carácter de vuestro libertador.

—¡Cuidado, caballero!, cuidado, que un imprudente celo no os haga olvidar de lo que debéis a vuestro rey. Por muy cruel e injusto que se manifieste para conmigo, jamás podré prescindir de los sagrados lazos que me unen a su suerte. Decid, pues, al noble Trastamara y a sus generosos amigos que agradezco en el alma el interés que me manifiestan; pero que no admito las medidas a que pueda recurrirse en obsequio de mi libertad. Inmenso sería mi gozo el día que el rey, vuelto a sus deberes, consintiese en romper las cadenas con que le ata mi rival doña María de Padilla; mas si debe alcanzarse este resultado por la sedición o violencia, nunca consentiré en tomar parte en tan detestable empresa.

Don Fadrique dirigió una melancólica mirada a doña Blanca, admirándose a lo sumo de generosa grandeza de ánimo. Sin embargo, no por esto renunció a los proyectos que antes tenía formados, y despidiéndose de la reina, se marchó con el firme propósito de llevarlos a cabo.

Era don Fadrique uno de los caballeros más apuestos de Castilla, y en él corrían parejas la nobleza y el valor. Varias veces había reconocido don Pedro sus buenas prendas, pudiendo decirse que de todos sus hermanos naturales era aquel a quien más quería o a quien tenía menos aborrecimiento. Encargado don Fadrique de salir al recibo de doña Blanca de Borbón, cuando el casamiento de ésta con el rey, concibiera ya a su primera vista la pasión más vehemente hacia la princesa de Francia; pero incapaz de faltar a los deberes que le imponía su honor, disimuló su ardiente cuita, contentándose con llorar en la soledad un amor sin esperanzas. No obstante, en breve tomaron otro giro sus afanes, en vista de la fea conducta que comenzó a manifestar el rey, quien, dado enteramente a doña María de Padilla, no tardó en olvidar y hasta oprimir a su hermosa y humillada esposa.

Esta circunstancia pareció propicia a algunos descontentos, quienes esperaban sólo un pretexto para alzar el estandarte de la rebelión contra un rey déspota y detestado. No fué don Fadrique de los últimos que tomaron parte en la conspiración, y deseoso de vengar a la trissteReina, al tiempo mismo que defendía los derechos de la patria, mostróse uno de los más firmes adalides de la trama urdida contra el tirano. Poderosa era la liga que se había formado: don Enrique de Trastamara, su hermano don Fadrique, los infantes de Aragón, Alburquerque, La Cerda y otros nombres ilustres, figuraban entre el número de los conjurados; pero por acaso llegó a saber don Pedro sus planes, y arrebatando a la reina casi en el crítico momento en que iba a ser libertada por sus amigos, hízola conducir al Alcázar de Toledo, presentándose él mismo en Toro con fuerzas tan imponentes, que quedaron desconcertados los planes de los conspiradores. La mayor parte de éstos debieron su salvación a la fuga; pero don Fadrique fué perdonado en atención a los servicios que antes tuviera prestado, en obsequio a su rey y hermano.

El deplorable éxito de esta primera tentativa no desalentó a los malcontentos, quienes irritados en breve por los desmanes de la parcialidad de los Padillas, volvieron de nuevo a conjurarse, y en este estado se hallaban las cosas cuando la venida de don Fadrique al Alcázar de Toledo, en el cual tuviera la relatada entrevista con la triste reina cautiva.

Pero mucho se engañaba el pobre mozo cuando contaba con la fidelidad de los que protegían sus visitas, pues su secreto no había tardado en revelarse al rey, por boca misma de un traidor que aparentara poner el más desmedido celo en servicio y obsequio del Gran maestre. Al saber don Pedro que existía semejante correspondencia entre su esposa y su hermano, no puso ya freno a sus sentimientos, y llevado de la mayor ira, aguijaba también su violencia por los esfuerzos de la ambiciosa María de Padilla, resolvió entregarse a la venganza más ejemplar contra aquellas dos infelices víctimas de la tiránica crueldad de su carácter.

No se ocultaba a la familia de doña María la suma importancia de mantener a ésta en la exclusiva posesión del corazón del monarca. Conocían también que aquélla era la sazón más discreta para dar impulso a su fortuna particular, y como entre las varias honras y distinciones que excitaban la ambición de aquella casa era una de tantas el maestrazgo de Santiago, destino tenazmente codiciado por un hermano de la favorita real, aceptóse con gran júbilo en toda la familia una coyuntura que tan propicia se mostraba para lograr el blanco de sus deseos, cosa que de otro modo habría sido casi imposible, atendida la buena fama que gozaba su joven e imprudente posesor. En efecto, sus excelentes cualidades le habían hecho apreciable a todo el mundo, y habría quien no se hubiese irritado viéndole injustamente privado del maestrazgo que ejercía, para serle conferido a uno de los Padillas, raza de todos aborrecida y mal vista.

Paseábase don Pedro silenciosamente por uno de los vastos salones del regio Alcázar de Sevilla. La amarga sonrisa que por momentos asomaba a sus labios, revelaba ser muy grave la cuita que le traía así abismado; pero de repente quedó trocada la torva expresión su semblante y saliendo al encuentro de una dama que apareciera en la estancia, saludóla con grande amor y cariño.

Erase ésta la famosa doña María de Padilla, mujer de rara y singular belleza, y que unía a sus relevantes prendas personales un talento el más brillante y despejado. Su elocuencia era tan persuasiva, sabía además llevar tan bien los flacos de su rey y amante, que disponía sin esfuerzo del albedrío de este hombre feroz, domeñando la desmedida altivez de su carácter. Su corazón no era malo, a pesar de que se hallase en tan inmediato contacto con el del cruel rey de Castilla, pudiendo citarse infinitos rasgos de beneficencia y bondad, en testimonio de la nobleza de su alma.

Acercóse María al rey con su serenidad acostumbrada, preguntándole con voz dulcísima qué nuevo pesar le había sumido de aquel modo en tan sombrío abatimiento.

—¡Ay de mí!—respondió don Pedro, no parece sino que toda Castilla sea un vasto foco de rencores, en el cual sólo me es lícito hallar un punto de afecto y amor.

Diciendo esto, cogió la hermosa mano de su amada, la que besó con la mayor ternura.

—Sí, María—añadió después de una breve pausa—, mis grandes y mis deudos han vuelto otra vez a sus perversas mañas, y aunados con el odiado bastardo de Trastamara y con el falso rey de Aragón, conspiran como siempre, contra mi corona... ¡Quién lo creyera! Hasta el maestre de Santiago, cuya vida

perdoné tan generosamente después de la villana tentativa de Toro, pues bien, hasta este príncipe desagradecido, no vacila en tomar parte entre los enemigos de su hermano y protector, amenazando torpemente mi existencia. Ahora mismo acabo de saber que las visitas de don Fadrique a la reina son más frecuentes que nunca.

—¡A la reina!—repitió doña María con cierto desagrado.

—Quiero decir a doña Blanca de Borbón—respondió el rey con suma dulzura, deseoso de disipar la impresión que así perturbara el ánimo de su adorada María.

—¿Y por qué os admira esto?—observó la dama con notable despego—. ¿Desconocéis acaso el amoroso fuego que devora al Gran maestre? ¿Podéis dudar que semejante pasión, la cual quizá será excitada por la misma doña Blanca, no le lleve a los mayores excesos contra su rey y señor?

—Tienes razón, querida mía—respondió don Pedro con amargura—. Todo puede esperarse de ese miserable, quien no se arredrará por nada con tal de complacer a la francesa.

—¿Supongo que el rey no estará celoso—preguntó doña María afectando cierta jovialidad.

—Nunca pudieron existir celos donde no se conoce el amor—respondió el monarca—. Sabes bien, María de mi alma, que este corazón es exclusivamente tuyo; pero si ajenos celos no le dañan, fuerza es, sin embargo, que se entregue a consideraciones de otro peso.

—Y bien, castíguese al culpable; jamás podrá censurarse un acto tan necesario.

—En efecto—dijo el rey, cuya cólera se inflamaba por momentos—, en efecto, el traidor me pagará bien cara su pérfida galantería.

—Pero cuidado cómo lo hacéis—observó la prudente consejera—. Todavía no tenéis pruebas contra los culpables, y es seguro que si os declarabais prematuramente contra ellos, no dejaría de redoblarse la animosidad de vuestros enemigos.

—No temas, querida mía,—respondió don Pedro—, yo sabré hallar un medio muy eficaz para calmar los fuegos del maestre, y una vez derramada su traidora sangre, podrá asegurarse un tanto mi reposo y existencia.

—No digáis esto, señor, y si en algo estimáis a esta pobre que tanto os ama, no recurráis a medio tan violento.

—¿Y por qué no? ¿Pues qué, debo permitir que mis enemigos fragüen impunemente los más perversos planes, sin que me sea dado castigarlos?... No, María, tú no puedes exigir que falte yo a lo que reclama mi propia conservación.

—¿Pero acaso no habría algún otro medio para reprimir a don Fadrique? ¿No valdría más que le priváseis de la influencia que le proporciona su destino, quitándole, por ejemplo, su maestrazgo, para darlo a persona que supiese servir mejor a su soberano.

—Dices bien, María; fuerza será conferir el Maestrazgo de Santiago a quien lo merezca mejor que don Fadrique... Si mal no me acuerdo, tu hermano ambicionaba este destino, y supuesto que está tan enlazada tu suerte y la de todos los tuyos con la mía propia, no tengo el menor reparo en que reemplace al desleal don Fadrique en un empleo de tanta importancia. Adiós, María, deja que ahora vaya yo a averiguar qué nueva traición se urde contra mi vida y Corona.

Dicho esto, marchóse don Pedro, dejando a su querida María llena de alborozo por la nueva merced que tan fácilmente acababa de concederle. Al momento fué comunicada la real gracia al nuevo Gran maestre; ¿pero quién podrá describir los encontrados sentimientos que asaltaron el alma de don Fadrique? Dudoso e incrédulo en un principio, acabó por fin prestando crédito a la desmedida ambición de la parcialidad de los Padillas, y furioso y despechado a lo sumo, entregóse a los mayores deseos de venganza. Ignoraba el triste mozo a aleve traición de aquel infame, que había revelado al rey las visitas que hiciera a doña Blanca, por consiguiente, estaba plenamente convencido de que su bochornosa desgracia era sólo obra de la codiciosa intriga de la familia favorita. Llevado, pues, de esta equivocada idea, montó al momento a caballo y tomando el camino de Sevilla, fué a presentarse al rey, olvidándose en su ciego frenesí hasta de aquellas medidas de precaución que exigiera la prudencia, en unos tiempos tan azarosos y malos.

En este intervalo había recibido el rey una terminante prueba de las maquinaciones de don Fadrique, con la adquisición de una carta muy reciente, escrita de mano propia del maestre a su hermano el de Trastamara, en la que después de haber explanado varios medios para el mejor logro de la conspiración que se intentaba, concluía insertando una lista de algunos nuevos conjurados.

Al leer el rey este fatal documento, traspasó los naturales límites del furor y siendo por esta vez infructuosa la dulce intercesión de la hermosa María, ofreció acabar con todos sus bastardos y traidores hermanos, jurando que en ello no le sería estorbo el temor de la perdición y ruina de su Corona y estados.

—Mira, María—decía—, mira esa carta; lee y tiembla por los riesgos que cercan a tu rey, demasiado dócil un día a tus generosos deseos... Pero esto ha concluído ya, y en adelante de nadie tomaré consejo, si no es del sentimiento de mi venganza.

—¡Ah, don Pedro!—dijo María, con tono sentido—. Sabe el cielo cuán poco merezco esos reproches. Es verdad que mis consejos suavizaron un poco vuestra severa indignación; pero si, por desgracia, no los hubieseis atendido, días hace que os lloraría esta triste mujer. Los castellanos están sobradamente exasperados y en situación semejante debe atenderse más a la dulzura que al rigor.

Con estas y otras reflexiones análogas, se esforzaba doña María de Padilla en calmar el irritado espíritu de su amante, y por fin acababa éste de deponer parte de su encono, cuando se presentó un nuevo incidente, el cual excitó en todo su ser la primitiva saña del monarca.

Muy ajeno el infeliz don Fadrique de sospechar la verdad del caso, presentóse a la sazón en el Alcázar de su hermano, demostrando con su alterado continente los terribles afectos que agitaban su alma.

—¡Don Fadrique!...—exclamó el rey al ver inopinadamente ante sí al alucinado mozo... ¿Qué nueva traición o alevosía te trae así a mi presencia?

—Rey pérfido y detestable—respondió el maestre—, sabe que vengo no a pedir de ti una justicia que nunca conociste, sino para manifestarte sin rebozo el horror que me inspira tu conducta.

—¡Traidor!...—replicó el rey, cuya cólera se avivaba por instantes—. En menguada hora te has atrevido a insultar a tu legítimo soberano... Retírate pronto de mi presencia o teme la pena que tanto has merecido.

—Nada temo—respondió el intrépido mozo—. La afrentosa ignominia con que acabas de despojarme del maestrazgo que ejercía, me libra para lo sucesivo de toda consideración a tu persona.

—Retírate digo...—repetió don Pedro. —Es posible que te atrevas a arrostrar de este modo mi justa cólera, cuando te hallas tan manchado con los crímenes más execrables?

—¿Y quién se atreve a acusarme?

—Calla, desdichado, calla; sabe que me constan ya todas tus infames tretas... Mira si no, mira...—continuó después el rey con voz terrible, presentando a don Fadrique aquel escrito fatal—, mira; ¿conoces esta letra? ¿Te acuerdas de haber firmado este pliego?... ¡Perverso! No contento con llevar al exceso la traición más abominable, debías agregar a ella un atentado tan atroz que apenas me atrevo a articularlo.

—Mucho me sorprende tanta delicadeza—observó don Fadrique con mentida indeferencia.

—Pues a mí me sorprende mucho más tanta locura—respondió el rey—. Caballero torpe y desleal—prosiguió don Pedro lleno de furor—, sabemos ya vuestra villana galantería hacia cierta dama cautiva... Y bien, ¿andaré muy des-

acertado si supongo que os habrá mostrado claramente todo el agradecimiento que debía inspirarla vuestro desmedido celo a favor suyo?

—¡No insultéis a la mujer más pura! —exclamó el maestre arrebatado de ira, y dando al mismo tiempo un fuerte golpe en el suelo comenzó a proferir mil injurias contra el rey, jurando que vengaría al fin tantos agravios.

Atraída doña María por el ruido que causaban ambos hermanos, dirigióse veloz a su presencia, llevada del benigno intento de sosegar aquel terrible altercado; pero sus medidas produjeron un efecto contrario, pues apenas fué vista de don Fadrique, cuando exclamó éste llevado del más vehemente frenesí:

—¡Mujer maldita! ¡Origen de todos los desastres de Castilla! ¡Causa de las torpezas del rey don Pedro!... ¡Malhayan tus hechizos que así pierden este reino..., malhayan tus pérfidos embelecos, fuente de tanta calamidad y llanto!

—¡Calla, Fadrique...—exclamó el rey con reconcentrada saña—. ¡No colmes la medida de tus maldades! ¡No despiertes así mi adormecida venganza!

—Descárgala cuando gustes, rey don Pedro...—respondió el desposeído maestre—. Jamás me contendrá el temor para que manifieste mi justa indignación... Por fortuna, se acaba ya el poder de esta artificiosa mujer, pues no es posible que la grandeza de Castilla tolere por más tiempo tamaña degradación, permitiendo que una torpe manceba ocupe tan injustamente el lugar de una reina noble y virtuosa.

Esta fué la señal de la crisis. El rey, trémulo de furor, lanzó una aterradora mirada a su hermano, y gritando el favor de sus guardias, mandó que sin tardanza diesen muerte al desventurado mozo.

—Acercáos, acercáos...—exclamó don Fadrique, lleno de impavidez, dirigiéndose a los "Ballesteros de maza", que en tropel acudieran a la voz del soberano—. Fácil será que se apoderen de mi vida; pero tú darás cuenta de ella; sí, tu conciencia responderá de este atentado, rey bárbaro y fratricida, oprobio de la tierra que te dió el sér. Pero ya no hollarás mucho con tu impura planta, y dentro de breves días caerás del trono que así profanas y mancillas.

—¡Afuera, afuera el mal profeta!...—gritó el rey—. ¡No temo tus amenazas ni la traición de todos tus cómplices! ¡Guardias, ballesteros, llevadle de mi presencia y dadle la muerte que tanto ha merecido!

En esto los guardias trataron de apoderarse de la persona del maestre, pero empuñando éste su espada comenzó a esgrimirla en su defensa, resuelto a vender cara su vida. Vencido por fin por el número de sus contrarios, sucumbió el triste joven, y habiendo sido maniatado estrechamente, bajaron los asesinos al patio del Real Alcázar.

—¡Aquí, aquí!...—gritó el rey desde una ventana, donde se asomara—. Arrancadle esa lengua que tan torpemente ha injuriado mi persona, y arrojad luego su cabeza a los canes de Palacio.

Al momento fué obedecido por sus feroces satélites, quienes irritados ya por la tenaz defensa del maestre, le acometieron con sus mazas, golpeándole tan crudamente, que en breve no quedó figura del cuerpo del desdichado mozo. Cortósele, sin embargo, la cabeza, y habiéndose soltado las jaurías de don Pedro, devoraron los perros aquellos ensangrentados restos, atrayendo con sus estrepitosos ladridos gran número de espectadores testigos de una escena tan horrosa e inaudita.

Calmado ya el frenesí del rey, acometióle un sentimiento de tristeza cual nunca la hubiese experimentado por sus anteriores atentados. En vano procuró la de Padilla desvanecer los melancólicos celajes que así empañaban el rostro de su amante, pues lejos de calmarse su quebranto, acrecía con el pensamiento de que ella fuera causa principal de su aleve y tremendo fratricidio.

Por lo demás no hubo apenas quien no se horrorizara de una acción tan bárbara, mayormente cuando no se ofrecía una causa que pudiese legitimar la loca crueldad del rey don Pedro; y ciertamente no será muy aventurado afirmar que este azaroso suceso fué una de las causas que más contribuyeron a la violenta caída del déspota, y a su muerte, no menos odiosa, puesto que también la recibió de manos de un her-